

SUMARIO

Enseñanza notable.—El fusil moderno.—Tiro nacional, por Enrique Crespo Cordonil, primer teniente de Infantería.—La caballería en la guerra moderna.—Lamentaciones. I, por Federico Pita, primer teniente de Infantería.—Creación en Rusia de un Estado Mayor General y de una Junta de defensa nacional.—**BIBLIOGRAFÍA:** Historia del Patronato de la Inmaculada Concepción sobre el Arma de Infantería, y María en el Corán, folleto por don Alfredo Serrano Durán, capitán de Infantería.—Discurso pronunciado en la velada que tuvo lugar en Mahón, el 9 de Mayo de 1905, en conmemoración del tercer centenario de la publicación de *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, folleto por don Lorenzo Lafuente Vanrell, primer teniente de Infantería.

Se acompañan los cuadernos 68 y 69 de **La Guerra ruso-japonesa.**

ENSEÑANZA NOTABLE

Una de las enseñanzas más elocuentes que se deducen de la guerra del Extremo Oriente, es que la misión del oficial no puede reducirse al desempeño del servicio de guarnición y á la práctica de lo que disponen los reglamentos tácticos. Hace mucho tiempo que esta verdad es conocida en Alemania y, en parte, también en Francia; pero no acontece lo mismo en el ejército ruso y en otros ejércitos, en los cuales nunca el oficial sale de la rutina de unas pocas obligaciones, cuyo ejercicio ni requiere grandes estudios ni conocimientos, ni exige la cooperación de la inteligencia, ni es otra cosa que un simple oficio que puede aprenderse en un par de semanas.

Si en las naciones cuyos ejércitos figuran con justicia á la cabeza de todos, se ha conceptuado que dos años son el plazo mínimo para instruir al soldado, y aun para conseguir este resultado ha sido menester suprimir casi en absoluto las horas de paseo ó de asueto, ¿cómo puede pretenderse que el servicio y el cometido del oficial sean materia á la que éste no dedique toda su atención, su tiempo y su actividad?

La guerra moderna no se reduce ya á disparar mejor ó peor, á desplegar en guerrilla y á cargar á la bayoneta. Intervienen en ella mil factores, esencialmente variables y nunca repetidos, tales como el terreno, las formaciones y objetivo del enemigo y sus fuerzas, y el que no sepa acomodarse instantánea y plenamente á ellos, verá á su tropa destruida y contribuirá, pese á su voluntad y á sus esfuerzos, á la derrota del ejército propio.

Sin dejar de ser arte, la guerra reviste cada vez más los caracteres de ciencia, de suerte que los oficiales han de ser hombres científicos á

la vez que deben tener la inspiración y la iniciativa del artista. Reducir la labor del oficial á unas cuantas fórmulas, voces y prácticas es matar el ejército. Encerrarse en lo que reza el reglamento, prescindir de la cooperación agena, despreciar el terreno, fiarlo todo al valor y á la inspiración del último momento, es engañarse á sí mismo y preparar inconscientemente la victoria del enemigo.

En los tiempos actuales la instrucción del oficial debe ser enciclopédica, pero su acción limitada todo lo posible; enciclopédica la instrucción con objeto de saber lo que puede esperarse ó temerse de la ayuda ó ataque de las demás armas y de las circunstancias de lugar y tiempo; y limitada la acción porque son tan complejos los caracteres de la batalla que lo más á que puede aspirar el oficial, cualquiera que sea su categoría y arma en que sirva, es conducir bien su tropa ó cumplir bien su servicio en todos los momentos del combate y cualquiera que sea el giro de éste. Tarea tanto más difícil cuanto mayores son los conocimientos del oficial, porque es una debilidad de la naturaleza humana creerse apto y capaz para ejecutar todo lo que se ha estudiado, tanto más si no se ha practicado. Y en ocasiones es más difícil conducir bien una guerrilla y llevarla á la posición enemiga con las menores bajas posibles y mayor destrozo del adversario, que construir una soberbia catedral.

¿Qué ha de hacerse para que el oficial se entregue en cuerpo y alma á su profesión, apartándose de toda labor, de toda ocupación, de todo entretenimiento, que no tenga estrecha é íntima relación con la milicia? ¿Cómo podrá alcanzarse este ideal, verdadero fundamento de un buen ejército? Muchas medidas de detalle contribuirán á este resultado, pero los dos puntos capitales, sin los cuales es absolutamente imposible alcanzarlo, son: soldados, para que el oficial pueda ejercer sus cometidos de un modo verdad; y sueldos decorosos que le permitan consagrar al ejército su existencia entera y sus facultades físicas, intelectuales y morales.

EL FUSIL MODERNO

Discutiendo las condiciones que debe reunir el fusil moderno, el Teniente Coronel C. B. Mayne—que ha dedicado largos años al estudio de estas cuestiones—expuso recientemente en la *Royal United Service Institution* algunas interesantísimas consideraciones, dignas de ser conocidas y meditadas, por el espíritu práctico que las inspira.

Recordando el hecho de que un fusil con el que se hayan disparado más de 300 tiros sufre una considerable rebaja en su precio, dijo el Teniente Coronel Mayne: «¿Qué acontece en la presente guerra? Las estadísticas que aquí nos llegan enseñan que el gasto normal de municiones es de unos 400 tiros por hombre y día. Sentado esto y admitiendo que el fusil esté en perfecto estado al comenzar la jornada ¿cuál será su situa-

ción al terminar el día, cuando 300 disparos hayan disminuido su precisión? Al fin de la jornada el fusil prácticamente no reunirá las condiciones de una buena arma de fuego; y al terminar el segundo ó el tercer día puede imaginarse cuál será su estado. Algunas de las batallas libradas en la Mandchuria han durado diez, doce y más días, y me gustaría examinar aquellos fusiles después de diez ó doce días de fuego incesante. Como probablemente no se limpian los cañones, la acción química de los productos de la combustión debe comer la superficie del ánima, á la vez que la envuelta de metal de las balas gastará las rayas. ¿Cuál será la precisión del tiro en estas condiciones? Mi opinión acerca de este punto (y yo me permito decir que he estudiado la cuestión durante muchos años) es que lo primero es estudiar y considerar las condiciones de la batalla, y luego construir el mejor fusil para este propósito. Lo primero es el efecto táctico. El mayor Fremantle nos ha dicho que el fusil se empleó á distancias muy grandes en el Africa del Sud. De cuanto he oído decir de aquella campaña, ni una sola vez el tiro á grandes distancias compensó el consumo de municiones. Nunca nuestras tropas tuvieron dificultad en aproximarse á 800 yardas de los boers; en Magersfontein nuestras tropas permanecieron todo un día á 200 ó 300 yardas de las líneas boers, y las bajas solo empezaron al emprender la retirada.

»El grande alcance del fusil es simplemente el efecto de nuestros esfuerzos para obtener una trayectoria muy tendida. Mucho se ha hablado de grandes velocidades, pero ellas han de combinarse con la sección y densidad de la bala. Puede llegarse á una gran velocidad á cortas distancias, pero que luego disminuya con rapidez, como sucedía con la bala esférica. Las balas largas—medida la longitud en calibres—y de pequeño diámetro, permiten una trayectoria muy rasante á grandes distancias.

»Viene después la cuestión de las heridas. No basta una mera perforación. En muchas de nuestras guerras, algunos hombres han sido heridos una y otra vez por balas pequeñas, y en la campaña del Tirah muchos afganes se presentaban en las ambulancias con cinco y seis heridas de bala. La gran velocidad debe combinarse con potencias bastantes á detener al enemigo. Se ha levantado un clamoreo general contra las balas Dum-Dum porque desgarran las heridas; pero á mi juicio, según lo que he oído, las balas japonesas y las francesas producen los mismos efectos que aquellas, y nadie ha protestado. Sin embargo, nosotros desistimos del empleo de aquel proyectil.

»En cuanto á los efectos tácticos, en el campo de batalla casi todas las distancias—como se demuestra en la presente guerra—son pequeñas. A menudo hemos leído el relato de combates al arma blanca, y del empleo de granadas de mano. Esto se debe á dos ó tres razones. El desgaste de las rayas y del ánima quita toda precisión á los fusiles; y, además, cuando el soldado tiene que levantar y bajar su fusil tres ó cuatrocientas

veces al día, se fatiga en extremo; su tiro es probablemente indigno de recibir el nombre de fuego de precisión en cuanto se ha disparado 50 ó 60 veces. Por estos motivos los dos ejércitos se ponen en contacto relativamente pocas bajas. La repetición de este hecho un día y otro, el mucho marchar y el poco descanso, y la fatiga física de la tropa, explican que los dos ejércitos beligerantes puedan acercarse el uno al otro á pequeñas distancias, aunque posean fusiles perfectos. Por otra parte, la potencia visual de los más de nuestros soldados, en particular donde la recluta se hace principalmente en las ciudades, se reduce á la longitud de la calle en que viven. Cuando se encuentran en el campo no ven distintamente á lo lejos, y transcurre algún tiempo antes de que su vista se habitue á mayores distancias y distinguan los objetos lejanos. Esto se puso de manifiesto en el Africa del Sud, habiéndose comprobado que los boers veían claramente á tres kilómetros más allá que nuestros soldados. La invisibilidad del enemigo milita contra la precisión del tiro á cualquier distancia. También es un punto importante el empleo del alza conveniente según sea la distancia. El mayor Fremantle ha insistido en la necesidad de una trayectoria rasante (inferior á la estatura humana) á la mayor distancia posible, en orden á reducir la necesidad de cambiar las alzas por hombres excitados por el peligro. La proporción del error en la apreciación de distancias es tan grande—probablemente un sexto para las grandes separaciones y un octavo para las cortas—que las deducciones teóricas del tanto por ciento de impactos carecen de valor.

»Veamos la cuestión del consumo de municiones. Como ya he dicho, este consumo es enorme, y el mero acto mecánico de alzar y bajar el fusil tres ó cuatrocientas veces al día tiene un grande efecto sobre el soldado; influye también la energía del retroceso del arma, la necesidad de cubrirse y ocultarse. Todos estos puntos se relacionan con la longitud del arma. La facilidad de evolucionar en el campo de batalla no ha sido tenido en cuenta en las discusiones que ha provocado el nuevo fusil. Los que han estado en la India saben que aquel Gobierno permite á los oficiales sacar fusiles de los parques, los cuales fusiles quedan propiedad de los oficiales mientras sirven en aquel ejército. Cuando se usaba el viejo Martini-Henry, esta arma se transformaba en una excelente arma de caza, cortando el cañón dos ó tres centímetros más allá de la última abrazadera. Esto perfeccionaba notablemente el tiro.

»Se ha dicho que convenía disminuir el peso del fusil para que el soldado pudiera llevar más municiones. No lo creo conveniente. Durante la marcha bastan 50 ó 60 cartuchos, y cuando la acción es inminente el resto puede obtenerse por otros medios. Si un buen fusil se alcanza mediante el aumento de su peso, la cuestión de municiones debe resolverse por otros caminos.

»He hablado de las heridas que producen las balas. El 0,256 tiene

suficiente potencia para detener al herido. El 0.303 carece de esta potencia y apenas pueden detener los caballos. Uno de los peligros de la infantería durante una carga de caballería en los combates modernos, es que la bala moderna es inadecuada para detener los caballos.

»La precisión del fusil moderno es mucho mayor de la que el soldado puede utilizar. Todos los que han estado en la guerra saben que el soldado no puede sacar partido de la precisión del fusil en sus manos, á causa de la limitación de su poder visual, su fatiga y la excitación del combate. Yo preguntaría á los que han tomado parte en una batalla, cuantas veces han visto á su tropa cambiar el alza desde que se ha llegado á 800 yardas del enemigo. La precisión del rifle depende del alza, y durante la lucha la tropa no tiene en cuenta esa alza. Lo que constituye el gran valor de las trayectorias tendidas es que con ellas no es menester cambiar el alza en una distancia bastante grande. Todo el fuego que se haga en la batalla es únicamente un tiro de probabilidad, esto es, dirigido á cubrir ciertos espacios ocupados por el enemigo, con la esperanza de que un determinado tanto por ciento de balas den en el blanco; ha de descartarse toda idea de precisión del tirador, que es una condición que no se alcanza nunca. Es inútil procurar alcanzarla, y si quisiéramos obtenerla abandonaríamos el ideal más práctico de cubrir de balas ciertos espacios, especialmente cuando sea posible ver dónde caen las balas.

»En lo que atañe á la separación del alza al punto de mira, de lo que tanto se hablado, creo ociosa toda discusión; personalmente soy incapaz de aprovechar el aumento de aquella separación, y el 99 por 100 de los soldados, ó tal vez más, están en el mismo caso que yo. Lo verdaderamente práctico para deducir las cualidades de un fusil nuevo, es hacer que lo empleen un gran número de hombres en terreno abierto, no un día ó dos solamente, sino muchos días, y comparar sus resultados con los del fusil antiguo. Esta es la única prueba de verdadero valor.

»En conclusión, debo añadir algunas palabras sobre la carga automática. Es muy frecuente confundir la rapidez de carga con la rapidez de fuego. Esta última la creo casi absolutamente innecesaria. El soldado puede disparar muchísimos cartuchos en un brevísimo tiempo y no hacer ningún blanco; pero la rapidez de carga es una cualidad de extraordinaria importancia y que permite tener siempre un cartucho preparado para un caso de necesidad. Con el fusil de carga automática solo es necesario alzar y bajar el fusil la décima parte de veces, suponiendo que hay diez balas en el depósito, que con el fusil ordinario. Además, desde el punto en que no es necesario bajar el fusil después de cada disparo, es mucho más probable herir á un adversario que avance, puesto que no es menester separar la vista de él. En la guerra Sud-africana, los boers nos atacaron muchas veces y nosotros á ellos, y en estos casos era necesario bajar el fusil después de cada disparo, cargarlo y apuntar de

nuevo, y estas circunstancias junto con la precipitación en apuntar y la excitación del combate, quitaban todo su efecto á la precisión del arma. Con el fusil apuntado se pueden seguir los movimientos del enemigo, y creo que casi todos los soldados serían capaces de repeler un ataque si no hubieran de bajar su fusil después de cada disparo, lo cual es una poderosa razón en favor del fusil automático. Reduce el retroceso, disminuye la fatiga de levantar el arma, y se obtienen resultados mucho mejores, en particular contra una carga de caballería.

»La carga automática, una bala que detenga fatalmente al enemigo, una trayectoria muy rasante, son los tres elementos que, junto con una buena fabricación del fusil y de las municiones, deben caracterizar un buen fusil militar, y no meramente los necesarios para obtener un fusil que dé buen resultado en el tiro al blanco en el polígono.»

El Teniente Coronel Maude, reforzando los argumentos de su colega, dijo á su vez: «En campaña las ventajas de la ligereza y de la facilidad del manejo superan á todas las consideraciones de precisión, y hemos ido demasiado lejos sacrificando el poder de causar heridas importantes por alcanzar una precisión que, dado el uso que de las armas se hace en la guerra, tiene escasa importancia práctica. En la guerra franco-alemana se necesitaron 1.000 tiros del Chassepot para poner á un alemán fuera de combate, y en la guerra del Transvaal han sido menester 10.000 disparos del Lee Metford para herir á un boer. Resulta de aquí el hecho expresivo de que la reducción del 50 por 100 en el peso del cartucho conduce á gastar 10 veces más municiones que antes para obtener el mismo efecto. ¿A qué conduce tener fusiles de extraordinarias propiedades balísticas y que envíen el proyectil á varios kilómetros de distancia, sino detienen al hombre ó al caballo que importa detener? Muchos recordarán Ahmed Khel en 1879 y probablemente algunos tendrán presente la diferencia entre las líneas inglesas armadas con el Martini, y las de los Sikhs y Gurkhas armadas con el Snider. Un testigo presencial me dijo que las balas del Snider segaban al enemigo, derribándolo muerto, pero que las otras apenas le detenían; los heridos llegaban á nuestras líneas y morían después. No es esto lo que se necesita, es menester que el enemigo muera antes de llegar. La gran velocidad y la trayectoria rasante no son los únicos *desideratum* del fusil militar; la bala debe cumplir bien su obra y matar.»

También en Francia y en Alemania se ha manifestado una fuerte corriente de opinión contra la tendencia notoriamente exagerada á convertir el fusil en un arma de precisión, con olvido de que ante todo debe ser un arma de guerra; y cuando los sucesos del Extremo Oriente sean perfectamente conocidos y estudiados, es posible que se reconozca que se ha ido demasiado lejos en el camino de perfeccionar las cualidades balísticas del fusil, con detrimento de otras más esenciales é importantes todavía.

TIRO NACIONAL

A las frases pronunciadas por lord Salisbury en 4 de Mayo de 1898, é impresionados por la imprevisión que nos condujo al desastre colonial, respondió la nación española con la idea de la regeneración.

La idea en germen, necesitaba de un trabajo hercúleo para definirla, reducirla á la realidad y ponerla en condiciones de utilidad general.

Los elementos directores que servían de eje á este trabajo tenían por polos dos tendencias contrarias; partidarios los unos del desarrollo agrícola-comercial eran opuestos á todo aumento militar, sosteniendo los otros las ideas contrarias. Ambos con igual patriotismo y convencidos de sus ideales trataron de establecer doctrinas. A la gran erupción de planes derivados de aspiraciones tan encontradas, uniéronse los discursos pronunciados por los más persuasivos de nuestros oradores para inclinar á la nación hacia uno ú otro extremo; alcanzada la victoria por los primeros dióse lugar á la organización de un ejército reducido, quizá insuficiente para garantizar la independencia de tal desarrollo comercial.

Así comprendido por muchos aspiróse á un medio que sin grandes gastos robusteciera las esquemáticas reservas base de todo ejército constituido.

La guerra del Sur de Africa nos enseñaba que la precisión en el tiro individual á distancias medias ejecutado por los naturales les había dado muchas veces si no la victoria completa, una gran superioridad sobre los ingleses. Con esta base y á imitación de otras naciones, el patriotismo respondió una vez más en forma del *Tiro Nacional*. Constituidas las sociedades de este nombre y disponiendo de un armamento la Infantería casi perfecto, parece quedar resuelto el problema, pero estos dos elementos no son suficientes si aquellos no poseen los medios necesarios ni el personal competente para dar á los individuos afiliados una instrucción de tiro eficaz y continua.

La mayor probabilidad de que estas sociedades satisfagan á su origen, es la actual tendencia á la formación de tiradores de precisión, toda vez que los fuegos colectivos serán tanto más eficaces cuanto más tiradores de precisión formen parte del conjunto, si en ellos germina la idea del patriotismo traducida en el natural deseo de hacer blancos y una gran disciplina inculcada durante su permanencia en los Cuerpos. No requiriendo grandes campos en donde puedan realizarse las distintas hipótesis presentables en campaña, los ejercicios correspondientes al primer período de la instrucción del tiro, es una facilidad más, pues permite encontrarlos en las inmediaciones de las poblaciones y en algunas establecerlos con el carácter eventual en aquellos predios que por su cultivo y época no impongan un trabajo constante. No pudiendo las sociedades realizar el alquiler ó compra de dichos campos, es deber del Estado des-

tinar algunas cantidades para que progresivamente se creen nuevas asociaciones, que unidas á las ya existentes allanarán la misión patriótica de dicha Sociedad.

El desenvolvimiento de esta idea nos la presenta Suiza, la que por dicho medio realiza la manifestación más atrevida en cuanto á ejército permanente se refiere.

Como elementos auxiliares dispone de los Cuerpos de Cadetes, las sociedades gimnásticas que propagan la afición por medio de concursos y fiestas, los cursos de instrucción militar preparatoria que tienden á facilitar el desarrollo físico al mismo tiempo que proporcionan la primitiva educación en el tiro y algunas nociones militares.

Los certificados de sus 3.000 sociedades de tiro son valederos en los ejercicios doctrinales, hasta el punto de hacer incorporar durante tres días á los ciudadanos que estando comprendidos en los cursos de revisión y no son llamados, carecen de dichos documentos.

La existencia de un campo de tiro por Municipio, un gran consumo de municiones, numerosos concursos particulares y comparativos son medios que emplea para completar su reducido ejército.

Demuéstrase en Dinamarca la afición despertada por las Sociedades de tiro con solo examinar el aumento considerable de socios tiradores y protectores en el trascurso de un año.

Portugal é Inglaterra buscan soluciones análogas, el primero por medio de la «Unión de tiradores civiles portugueses» dependiente del Ministerio de la Guerra y directamente de los jefes de reclutamiento, y la segunda en la fusión de la *Society of Miniature rifle Clubs* y la *National Rifle Association* dedicadas á la propaganda del tiro de fusil. Como se ve, todos los pueblos, los más fuertes como los más débiles, para fiar en su libertad aspiran á poseer un poder bien organizado y fuerte que les permita triunfar.

Ya que nuestra actual política no nos permite otra cosa, abogemos por una franca y decidida protección á estas sociedades, manifestada en forma de numerosos campos de tiro con material y armamento suministrado por Guerra, personal que reuniese determinadas condiciones como instructores y encargados de los mismos, cantidad en presupuesto destinada á indemnización y premio de los socios tiradores, cursos anteriores y posteriores al ingreso en filas con sujeción á programas dictados por la Escuela de Tiro, una reforma inmediata en la ley de reclutamiento que proporcionase algunas ventajas (elección de cuerpos, ascenso rápido á clases) al que hubiese practicado con aprovechamiento un número de cursos en dichas sociedades (condición esta indispensable para la redención á metálico), puesto que es el único medio de facilitar la instrucción militar del tiro, y como inherente á éste la elevación material de nuestros reclutas y el aumento de las reservas, y como lo hemos dicho ya y

lo repetimos ahora, poder fiar en nuestra libertad por medio de un poder militar fuerte y bien organizado.

ENRIQUE CRESPO CORDONIL.

Primer Teniente de Infantería



LA CABALLERÍA EN LA GUERRA MODERNA

El Coronel de Estado Mayor Zaleski, del ejército ruso, apunta en los siguientes términos—que copiamos del *Journal of the R. U. Service Institution*—las observaciones que le ha sugerido el empleo que de la caballería se ha hecho en la Mandchuria:

«La primera y más esencial de las lecciones de la presente guerra es que todo lo que no sea necesario en tiempo de guerra es inútil en tiempo de paz. La segunda es que en los últimos veinticinco años han cambiado los caracteres generales de la batalla. La infantería se oculta en trincheras; la artillería se oculta aprovechando los accidentes del terreno y queda bien protegida por la infantería. Su tiro ha alcanzado una rapidez, y una eficacia y una precisión desconocidos hasta ahora. Las formaciones de combate son menos compactas, sin haber perdido por eso su fuerza, porque se apoyan en fortificaciones, en obstáculos artificiales y en la potencia del fuego. ¿Qué puede hacer la caballería? ¿Puede maniobrar en los campos de batalla en masas compactas de brigadas, divisiones y cuerpos, como antiguamente? ¿Es innegable que las evoluciones de la caballería en los campos de batalla son cada vez más difíciles. El fuego del enemigo no permite mover ni permanecer en reposo grandes masas.

»Las formaciones de la caballería han de ser menos densas y más capaces de moverse en fracciones que operen en combinación, no por medio de las formaciones normales, sino por la unidad de objetivo ó misión señalada por el jefe. Así, en la división, cada regimiento de la línea de combate (y no meramente de la primera línea, debe tener señalada su misión especial y los de reserva han de quedar á disposición del Comandante de la división, quien dirigirá su unidad desde un lugar que le permite abarcar todo el frente ó casi todo el frente de su división. Un cambio esencial aparece en la misión de la caballería. Hasta el presente creíamos que la carga cuerpo á cuerpo era el medio principal, sino el único, de derrotar al enemigo; pero hemos de modificar este principio, y aunque conservemos la carga, concediéndole el mismo papel que al ataque á la bayoneta, es menester conceder mucha más importancia á la acción del fuego. Esto nos conduce á fijar la atención, no solo en el fuego de fusil y de revólver—sin exceptuar el que se ejecute á caballo, indispensable á los exploradores—pero también en el de artillería, y más particularmente en el empleo de ametralladoras. Una de las más

importantes necesidades de la caballería es dotar de ametralladoras á cada regimiento, y tal vez á cada escuadrón.

»La dispersión de las unidades en la formación de combate dá mayor importancia al enlace entre el comandante y su cuerpo. Conviene que este enlace, además de óptico, sea telegráfico y telefónico. Por consiguiente, la caballería debe estar perfectamente instruida en el uso del telégrafo y del teléfono así como en las señales ópticas, y abundantemente provista del material necesario. Los combates entre caballería se parecen en conjunto á los combates entre infantería, aunque solamente durante el periodo preparatorio, periodo que tratándose de caballería no termina hasta el momento en que su masa, ó una parte de ella, encuentra ocasión propicia para una acción decisiva, es decir, para el ataque á caballo. Con objeto de no perder un momento, cada jefe de caballería seguirá de cerca el desarrollo de la acción y reconocerá el terreno lo mejor posible, para no tropezar con obstáculos inesperados en el momento favorable para cargar. En este acto del drama, la caballería debe jugarse el todo por el todo, y demostrar que es el arma terrible que además de imponerse á las cualidades físicas del adversario destruye su moral. Este constante estado de preparación para obrar así, mantendría al enemigo en continuada inquietud durante el periodo preparatorio; el más leve error por su parte conduciría á que la caballería le atacase de improviso; para esto es preciso que la caballería pueda cambiar rápidamente de posición. Esa rapidez de movimientos, esa capacidad de obrar simultáneamente desde los varios puntos de un extenso frente, y la combinación del fuego y de la carga, son tan indispensables en los reconocimientos como en las algaras y en las operaciones que se ejecuten en conjunción con las otras armas del ejército.

»Para que la caballería cumpla bien su misión, sus oficiales tendrán una completísima educación militar. El conocimiento de la táctica y de las formaciones de la brigada y división, las minucias del servicio económico, etc., distan mucho de ser suficientes. Los oficiales de caballería, en posesión de una perfecta instrucción militar, grande agilidad, resistencia física y aptitud, debe ser, en todos los respectos, verdaderos modelos para sus soldados. De una tropa de caballería ha de esperarse mucho más que la capacidad de moverse en masas durante cortas jornadas; es menester que se halle en disposición de vencer todos los obstáculos, incluso ríos, y cubrir centenares de kilómetros; conocer el uso del fusil, y tener mucha iniciativa. Cuanto se haga por desarrollar la instrucción de la caballería en estos puntos será poco. Durante la instrucción y las maniobras se procura aprender bien las formaciones y movimientos normales, manifestamente inútiles en los modernos campos de batalla.

»En resumen, la presente guerra ha enseñado:

1. La necesidad de que la caballería esté muy bien instruida en el

empleo de la carabina y del revólver, tanto á pie como á caballo, en vista del combate individual.

2. La necesidad de dotar de ametralladoras á la caballería, aunque solo sea á razón de una por regimiento.

3. La necesidad de aumentar la movilidad; y para esto: *a*, es menester que los caballos trabajen todos los días; *b*, desistir del prurito de tener caballos gordos; *c*, aligerar la montura y el arnés, así como el equipo y el armamento del jinete; *d*, constante ejercicio en el paso de toda clase de obstáculos, incluso corrientes de agua.

4. Debe abandonarse la instrucción en grandes masas y unidades, y simplificar la instrucción del regimiento; conservando solo aquellos movimientos que puedan ser realmente ejecutados en la guerra.

5. Abandonar todas las formaciones especiales para revistas y marchas, y si es posible renunciar á esas revistas.

6. Conservar las inspecciones, y en las horas de ejercicios y maniobras conceder amplio lugar á la iniciativa, al tiro, á la utilización del terreno, á la combinación de la táctica del fuego con la del choque, á la amenaza de un movimiento envolvente. Practicar con seriedad los reconocimientos, la observación de una acción, el enlace entre el comandante de una tropa y las fracciones inmediatas, etc.

»Si la caballería modifica en el sentido expuesto su instrucción, limitándola á lo que es realmente práctico y útil en la guerra, aun podrá tomar parte ventajosamente en el combate y desempeñar otros cometidos á pesar de la complicación de las batallas modernas».

LAMENTACIONES

I

El principal cometido del Ejército es la defensa nacional, el sostenimiento de nuestras libertades á tan dura costa conseguidas. Este aspecto, esta consideración, no la entiende ni alcanza el pueblo, merced á las corrientes de indiferentismo, cuando no de excepticismo que á él llevan los llamados á transformarlo: los políticos y la prensa.

¡Cuántos daños nos han causado estos dos elementos que tanto bien podían habernos hecho!

No hay que remontarse á épocas que por felicidad nuestra pasaron á la historia y ojalá de ella pudiesen desaparecer. No; tenemos muy cerca lo que estos dos elementos han dado en llamar desastre, y del que se nos ha achacado la mayor parte.

A la guerra en las colonias fuimos por el abandono militar en que las teníamos, por no atender con discreta observación cuanto debimos ver y aprender de otros pueblos.

A la guerra norteamericana nos llevó la política y la prensa; sí; la política y la prensa, que adoptando arrogancias de pasados heroísmos y tiempos, no vió que aquellos alardes de valor y de poder carecían de sostén, al carecer de ejército y marina merced á las teorías funestas de los *presupuestos de la paz*, de unos presupuestos que, al igual que á Francia en 1870, nos llevaron al descrédito, á la ruina, á la espoliación nacional.

Pues bien; esto no nos indica más que una triste cosa: que el pueblo nuestro hoy no tiene carácter propio, no hace ni dice más, que lo que desde la prensa ó los escaños políticos se le ordena ó dice.

Y como el llamado *militarismo*, ha sido y es *coco* eterno de los que bajo un régimen tal no pueden medrar ni aspirar á elevaciones improvisadas; nos han presentado este problema, que tal es, como de ranciedad extrema, como propio á toda una época de dictaduras y sublevaciones, sin atender en su ignorante temor á que en Alemania, en Francia, en Italia, en Japón y en Inglaterra, se atiende al *militarismo*, cual merece y debe.

Porque el *militarismo* no es otra cosa que la *inducción* del pueblo á estas cosas que tanto le atañen y tanto bien le reportan; el *militarismo* no es el predominio de un régimen militar, no; es solo la identificación de pueblo y ejército, de elemento civil y castrense. Y en este sentir, bien podemos suspirar por el *militarismo*.

Inglaterra ocúpase actualmente en hacer más *nacional* su ejército, y esta necesidad que manifiesta constantemente en las páginas de su *War office* y de su prensa oficial, nos da de lleno la razón en este problema, que para nosotros es la primera y principal causa de nuestra deficiente organización militar.

El ejército es el pueblo; y esta ecuación en que el valor pueblo es conocido, ha de darnos para la incógnita ejército, un valor tan proporcional al del pueblo, tan casi idéntico, que más que ecuación, más que problema, más que enigma, ha de resultarnos siempre, una *identidad*...

¿Cómo establecer esta relación de identidad, con antelación suficiente á su planteamiento técnico?

Estrechando los vínculos tan comunes de pueblo y ejército; llevando al primero la confianza en el segundo y á éste, la aquiescencia del primero; relacionándolos de tal suerte que, cuando se vea desfilar un regimiento, dice *Casto Razón*, pronuncien todos los labios el *credo* de la victoria, la *fe* del triunfo...

No quiere esto decir que toda la culpa la tenga el pueblo, la prensa, la política; no.

Es añeja práctica en este ejército español asumir las responsabilidades del mando aun á trueque de perder reputación y sacrificar la institución militar, por un mal entendido espíritu de honor y de vergüenza. Se nos indica el peligro, se nos exponen los defectos, mejor aun, los cono-

ceмос, y sin embargo aceptamos el sacrificio, y esto que apenas por cuanto no nos ha dado la fortaleza suficiente para no ir á la derrota, nos halaga porque denota un vívido sentimiento de lo que es obligación y que en circunstancias adecuadas ¡cuánto no nos reportaría de triunfos y ventajas!

El ejército, al aceptar por sus miembros un orden de cosas que á todas luces resulta impropio é inadecuado, se hace solidario del suicida procedimiento que con él siguen, sin duda con el manifiesto deseo de inutilizarlo para ulteriores empresas de gloria, haciéndolo impotente é inútil.

Y en esto, todos los que á él pertenecemos tenemos la culpa. No hay pena de militares *altos* y *bajos* en que no se hable de esto, se escuchen quejas amargas, críticas acerbas de tal proceder, pero parece que cuando la ocasión llega de hacer flotar estos resquemores fundados en la propia estimación y engrandecimiento del ejército, se teme hacerlo, porque se cree uno obligado á un silencio que se convierte en perjuicio.

Y este silencio, acaba por engendrar la despreocupación. Mal camino hemos emprendido. Queremos engañarnos nosotros mismos, queremos confiarnos á una ilusión bien engañosa, y dejando rodar la bola que viene formada de ha tiempo, conseguiremos que nos aplaste con los materiales que á ella hemos acumulado con nuestro indiferentismo.

Porque ó hablar claro, ó no hablar; ó especificar defectos y corruptelas ó concretarse al *bon vivant* corriente que por todo pasa y á todo asiente.

Cuando se aprende en las Academias lo que dicen tratadistas insignes qué es el ejército, se sienten escalofríos de alegría en el cuerpo, se ansia salir de aquellas aulas para ir á palpar tanta belleza, tanta esperanza nacida al calor de la invención *cadetil*... Y hay que reconocer que el resultado práctico de esta ilusión, *alma mater* de esa *alma* que luego hemos de formar en el magisterio moral de nuestra *re* educadora, es bien desastroso y contraproducente. Y no se crea que soñamos en gollerías, no; pero sí pedimos ambiente, atmósfera, aires de progreso, algo en fin que tonifique tanta anemia espiritual como tenemos los que vegetamos entre servicios económicos, guardias, y, acaso como necesidades de practicaaje táctico, en algunos piquetes, ó *instrucciones de guías*...

Culpa no más que de nosotros es este estado de laxitud enervante que atrofia y abruma. Culpa del mando que se cree en el deber de asumir la inmensa responsabilidad de estas engañosas apariencias, que nos han de conducir seguramente á la derrota.

¿Cómo cumplir la misión de hacer soldados que nos ha impuesto la nación, cuando no tenemos durante el año, ni un mes siquiera, una compañía al pie de guerra?

¿Vamos á contestar afirmativamente á las exigencias que esta nos hace?

No; la conciencia nos veda hacerlo y por muy triste que sea la evidencia de este proceder, hay que reconocerla, y en ampararlo, admitirlo y hasta ser cómplices de su ejecución, con detrimento de la independencia nacional, somos responsables en no poco los que pertenecemos al ejército.

FEDERICO PITA.
Primer Teniente de Infantería

CREACIÓN EN RUSIA DE UN ESTADO MAYOR

GENERAL Y DE UNA JUNTA DE DEFENSA NACIONAL

La guerra que acaba de terminar ha demostrado que el Ministro de la Guerra de Rusia tenía á su cargo tantas funciones que no las podía atender debidamente todas, y por otra parte, el Emperador, jefe supremo del Ejército permanecía relativamente ajeno é ignorante de lo que acontecía en sus tropas, en las que se observaba la intervención demasiado personal, y por consiguiente sujeta á cambios, del Ministro de la Guerra. En consecuencia, el Emperador ha ordenado la creación del *Estado Mayor General* y de la *Junta de defensa nacional*, que compartirán con el Ministerio de la Guerra cuanto se refiere á preparación para la guerra. La creación de los nuevos centros está inspirada en la organización alemana, que la actual campaña ha demostrado es la mejor.

El Jefe del Estado Mayor del Ejército depende directamente del soberano en los asuntos sometidos á su cargo, y desempeña los siguientes cometidos:

1.º La *Dirección del Estado Mayor*, que comprende: *a*—la dirección del Cuartel Maestre general del Estado Mayor.—*b*—la dirección de las comunicaciones militares—*c*—la dirección de topografía militar—*d*—la dirección de las tropas de ferrocarriles, telégrafos, aerostación, etc.

2.º Los trabajos relativos á la preparación para la guerra, reuniendo los llevados á cabo por los estados mayores de las circunscripciones.

3.º El servicio y los trabajos de instrucción militar del estado mayor.

4.º El desarrollo y perfección de todas las ramas del arte militar, favoreciendo el conocimiento de las ciencias militares en el ejército.

5.º Dar instrucciones generales al jefe de comunicaciones militares en lo que atañe al transporte de las tropas y material, tanto en tiempo de paz como en el de guerra, y vigilar su cumplimiento.

6.º Dar instrucciones al jefe del cuerpo de topografía militar, y proporcionar cartas y planos á las tropas en todo tiempo.

7.º Dar instrucciones al jefe de las tropas de ferrocarriles, telégrafos, aerostación, etc., para que se preparen para la guerra y cumplan su papel en ella.

8.º Dirigir la Academia Nicolás, que nutre de oficiales de estado mayor al ejército.

El Jefe de Estado Mayor tiene á sus órdenes: *a*—la Academia Nicolás y los oficiales de Estado Mayor empleados en este servicio—*b*—El personal empleado en los Estados Mayores—*c*—Los oficiales del cuerpo de topografía militar; *d*—las tropas de ferrocarriles, telégrafos, aerostación, etc.

El Jefe del Estado Mayor, de acuerdo con el Ministro de la Guerra, debe presentar al Soberano el plan de las maniobras anuales; todos los informes referentes al estado de preparación de las tropas y material para la guerra, deben pasar á informe del Ministro de la Guerra antes de llegar á manos del Emperador.

El Jefe de Estado Mayor goza de los derechos de los Directores generales del Ministerio de la Guerra con respecto á sus subordinados; para las entidades extrañas tiene la categoría de Ministro y goza de los derechos de este en todo lo relativo á su servicio.

La Junta de la Defensa Nacional está encargada de estudiar las cuestiones que se relacionan con la seguridad del Imperio; funciona bajo las órdenes directas del Soberano, y comprende un presidente, seis vocales permanentes—todos nombrados por el Emperador,—más un cierto número de miembros, designados unos en razón de sus funciones, como los Ministros de la Guerra y de Marina, el Jefe del Estado Mayor, el Jefe del Estado Mayor general de la Marina y los inspectores de las armas; y otros por sus conocimientos personales ó por necesidades del servicio, como ministros, comandantes de los cuerpos de Ejército etc.

La Junta de la Defensa Nacional tienen los siguientes cometidos: *a*—El estudio de las medidas generales que por los Ministerios de la Guerra y de Marina deben terminarse en un plazo fijo para asegurar el desarrollo de la potencia militar del Imperio en orden á los fines políticos que se quiere alcanzar; *b*—Velar por el cumplimiento de estas medidas, una vez las haya probado el Soberano.—*c*—El estudio de las proposiciones emanadas de los dos Ministerios militares y que se contraigan al empleo de todos los recursos en tiempo de guerra, y la unificación y dirección de todas las medidas preliminares.—*d*—El estudio de las modificaciones que convenga introducir en los dos Ministerios referidos.—*e*—El estudio y la solución de las competencias y diversidades de criterio que puedan surgir en las diferentes ramas de la Administración sobre puntos de la defensa nacional.

La Junta no tiene poder ejecutivo, sino que se limita á proponer al Soberano; la ejecución de lo aprobado por el Emperador corre á cargo del Ministro de la Guerra. El Presidente despacha directamente con el Monarca, y pasa á ser vocal cuando éste preside la Junta; dicho Presidente forma parte, por derecho propio, del Consejo del Imperio y del

Consejo de Ministros; tiene facultades para preguntar á los Ministros cuanto pueda contribuir á los trabajos de la Junta, y recibe de los Ministerios de la Guerra, Marina y Negocios extranjeros todas las noticias é informes relativos á la defensa nacional. Todas las deliberaciones y acuerdos de la Junta constituyen secretos de Estado.

BIBLIOGRAFÍA

HISTORIA DEL PATRONATO DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN SOBRE EL ARMA DE INFANTERÍA, Y MARÍA EN EL CORÁN, por don Alfredo Serrano Durán, capitán de Infantería.—Toledo, 1905.—Folleto de 30 páginas.

En párrafos impregnados de entusiasmo y en lenguaje fluido y castizo relata el distinguido profesor de la Academia de Infantería señor Serrano y Durán, el suceso histórico que acaecido el 8 de Diciembre de 1585, dió origen al Patronato de la Inmaculada Concepción sobre el Arma de Infantería.

Ocúpase después en la grandeza del dogma de la Inmaculada, copiando algunos versículos del Corán en los que se declara cumplidamente la pureza de María, virginal figura que se destaca como astro luminoso en el materialismo de aquel libro dirigido á halagar las concupiscencias de los hijos del Islám.

El folleto, muy oportuno, merece la excelente acogida de que ha sido objeto, y su autor se ha revelado digno descendiente de aquellos antiguos guerreros que tan bien hermanaban las armas con la fe. Enviámosle nuestra cordial enhorabuena.

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA VELADA QUE TUVO LUGAR EN MAHÓN, EL 9 DE MAYO DE 1905, EN CONMEMORACIÓN DEL TERCER CENTENARIO DE LA PUBLICACIÓN DE «EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA», por el primer teniente de Infantería don Lorenzo Lafuente Vanrell.—Mahón, 1905.—Folleto de 13 páginas.

Una vez más ha demostrado el teniente señor Lafuente Vanrell sus excelentes cualidades de literato y buen hablista. Con mucho acierto y en trazos vigorosos y concisos ha sabido delinear en su *Discurso* la personalidad de Cervantes y la trascendencia de su obra inmortal, poniendo de manifiesto las dos tendencias opuestas del carácter nacional: el idealismo más puro y el positivismo burdo; y exhortando á sus oyentes á inclinarse al primero, si no les fuera dado acertar en el justo término medio.

Mucho nos satisface que en la solemne velada celebrada en el Teatro principal de Mahón, estuviera el ejército representado por un oficial tan distinguido como el señor Lafuente Vanrell, que pertenece á la pléyade de los nuevos escritores de quienes tanto se promete el ejército.